

Félix Armando Núñez ha conquistado pues, desde lejos, esa meta que es en el sentido profundo y honesto de la existencia, una aspiración legítima, una ambición a la que un hombre tiene amplio derecho, cuando su labor se hizo mirando nada más que hacia un ideal de suprema belleza, un ideal que enaltece la condición humana, porque el arte, como en el caso de nuestro gran poeta Félix Armando, se realiza sin otra ilusión que la de dar la más certera expresión del sueño de belleza, que está rebullendo adentro como un pájaro prisionero, ansioso de luz y libertad.

Bien por Félix Armando Núñez, a quien supieron darle lo que él no pidió, sino lo que conquistó con su mente y su exquisita sensibilidad creadora.

<https://doi.org/10.29393/At333-41MFRA10041>

MIGUEL FERNÁNDEZ

Miguelón, como le llamaban cariñosamente sus amigos ha realizado su última aventura ilusionada. Su postrer peregrinaje para enseguida reclinar la cabeza fatigada y dormir su último sueño. Bohemio impenitente, dueño de un corazón inquieto y de una mente por la cual pasaban en fugaces rondas, las melodías de sus cantos de amor y de ensueño, se ha ido de pronto, sin mayor preocupación. Sin darle a la muerte otra importancia que la de una tregua en un camino que fué de permanente inquietud.

Miguel Fernández Solar era uno de esos hombres que llevaban en sus ojos la simpatía y la cordialidad como una luz irradiante, como un faro inquieto que hacía dudar en si la vida, metódica, ordenada, tiene alguna importancia. El la vivía como los pájaros, sin pensar que después de un día había otro y otro, en que era necesario pensar para poder subsistir. El gozaba con todo lo que le daba la existencia con ese ligero concepto que tenía de los acontecimientos que nos rodean y orientan el camino. Sentíase feliz cuando encontraba a un amigo con quien disfrutar de la charla y con quien beber unos vasos de vino. Era su vida como una onda meló-

dica que a veces tenía inquietantes momentos de silencio. Un día que recibió el Premio Municipal de Literatura, por uno de sus libros, sintióse feliz como un niño. Con esos pocos pesos habría para disfrutar de unas horas de deliciosa bohemia en compañía de quienes le entendían y le estimaban así como era él. Sin complicaciones, sin toturas de ninguna especie. O, acaso, sintiéndolas muy adentro del corazón. ¡Miguelón, Miguelón, que alma diáfana tenías! Evocamos ahora tu alta silueta, cuando te paseabas por los corredores de la Universidad. —Sí, tengo que venir de vez en cuando a desempeñar mi empleo —nos decía—, para poder tener con qué comer a fin de mes. Y tomar una copa de vino. Pero a veces se me olvida que debo hacerlo. Pero a los demás, desgraciadamente, no se les olvida. Y la vida se hizo, según esa gente sin alma, para trabajar. Es una lástima.

Pero ahora querido poeta Miguel, hombre de ojos dulces y de corazón de pájaro errante por las dilatadas perspectivas del espacio, ahora te has quedado dormido para siempre, aferrado a tus sueños de poeta. Descansando eternamente, lejos de esa gente que no te supo comprender.